

El Viajero (Primera Parte)

Octavio Monti



Capítulo 1

Dónde puedo iniciar mi historia? Ya sé, ya sé...la respuesta más sencilla es por el principio; no quería inquietarlos demasiado, pero me temo que tal vez no tenga elección.

Fui concebido en un aquelarre; mi madre era una bruja, una de esas malas y feas. Aún con su nariz ganchuda y sus pechos caídos, logró engatusar a un pobre vampiro para que se la cogiera y la dejase encinta. El resultado, su servidor aquí presente.

No fui más que un mal necesario; el objetivo de aquella revocada era invocar a una especie de demonio ancestral con unos gustos sexuales muy mórbidos basados en el voyeurismo. Pero el asunto no salió como estaba planeado.

Tal vez será que las entidades demoníacas manejan intereses y códigos incomprensibles para nuestro plano, o tal vez fue el hecho de que mi estimada progenitora era más desagradable a la vista que un vaso de sal en un desierto.

En cualquier caso, el señor demonio no terminó muy satisfecho y acabó degollando a mi pobre padre y dejando tuerta a mi madre(no había mucha diferencia de todas formas). Como resultado, la bruja había acabado con un ojo menos en el rostro y un niño en el vientre.

Algunos dirán que tuvo la decencia de darme a luz, pero lo cierto es que a penas tuve fuerzas para sostener un palo me puso a trabajar sin pausa. A eso de los 12, y temiendo que a la vieja arpa se le ocurriese mirar con demasiado cariño esos libros de pociones que sugerían usar colmillos de vampiro como ingrediente, me cansé y me fui al carajo.

Las semanas siguientes por la pradera no fueron las más alegres; sólo y perdido, deambulé por territorios salvajes en dónde no era recomendable transitar cuando el cielo se oscurecía. Pero por otro lado, los roedores que suponían mi único suministro de sangre salían en la oscuridad; por ende, tuve que ingeniármelas.

En la noche, cuando la visión pierde valor, el que domina los olores tiene las chances más altas de sobrevivir; aprendí a disimular mi aroma con lodo y hierbas, para que los lobizones o endriagos que pululaban por los campos no me detectaran.

Con maderas y piedras logré fabricarme herramientas útiles para mis tareas; sin embargo, cazar usando sólo mis colmillos representaba un ineludible placer. Reservaba las armas contra presas excesivamente complejas como los bovinos, que eran enormes y se movían en grandes grupos.

En los (aproximadamente) tres meses que duró mi estadía en aquellas tierras, tuve la suerte de no toparme con ningún depredador; pero por la verga de Behemot que los vi.

Cuartetos de lobizones, algunos de dos metros de largo, recorrían los patos matando todo lo que encontraran; en una oportunidad, me hallaba oculto en una huella de lodo y tres de esos bichos peludos pasaron rugiendo a menos de un metro sin detectarme. Cualquier criatura normal

se hubiese orinado encima tras semejante susto, y yo no fui la excepción.

Los endriagos, por su parte, eran(son) criaturas más solitarias y menos bulliciosas; eso último, por supuesto, las volvía más temibles. En los libros de brujería de mi madre había visto ilustraciones sobre ellos; la imagen de un rostro humano en un cuerpo animal me resultaba bastante mórbida. Aunque verlo en persona, era mucho más impactante.

Recuerdo haber observado a uno durante casi medio día; con sus tres metros de alto, el monstruo doblaba su cuerpo de color amarillento sobre los pastizales hasta lucir como un relieve natural. Cuando un desdichado perro salvaje se acercó demasiado, el endriago estiró uno de sus larguísima brazos para capturarlo y destruirlo.

Más o menos así transcurrieron mis periplos hasta que un día de viento feroz y cielo gris fui capturado por una tribu de nómadas; cabalgaban sementales negros con crin blanca, se pintarrajeaban el cuerpo de rojo y celeste, y venían armados con fusiles y redes. Me dieron un tiro en el hombro y luego echaron sobre mí sus cuerdas. Lo reconozco, no pude hacer mucho.

Cuando llegamos a su aldea me colocaron un bozal(había intentado llevarme un par de dedos de mis captores), y me ataron de manos. Una anciana curandera reseca como una hoja me curó la herida del hombro; no entendía su dialecto, pero me di cuenta de que me necesitaban sano. Al menos, por ahora. Pasé la noche escuchando rugidos y alaridos tribales que no me dieron muy buena espina.

En cualquier caso, nunca supe que pensaban hacer esos degenerados conmigo; a la mañana siguiente, una escuadra de mercenarios atacó el campamento. Rodearon las tiendas a caballo y empezaron a acribillar todo lo que se movía; vestían trajes negros con capucha, y cargaban rifles automáticos mucho más modernos que los de mis captores. No les voy a mentir; en medio de aquél caos, sólo atiné a tirarme al suelo y cubrirme de cabeza con las manos.

Sin embargo, aquel día la fortuna estaba de mi parte; una granada estalló cerca de mi prisión, dejándome un vía de escape. Corté las ataduras de mis manos con un borde de madera puntiaguda que había quedado tras la explosión de los barrotes, y me empeñé en buscar una forma de quitarme el bozal.

El campamento en ese momento era el mismísimo infierno; los nómadas eran buenos guerreros, pero los mercenarios estaban mejor armados y contaban con la ventaja del factor sorpresa. Me di cuenta de que una parte de los agresores había encabezado el asalto al campamento, pero también también habían apostado tiradores entre los pastizales que rodeaban las tiendas. El resultado fue una carnicería inenarrable.

A dónde giraba la vista observaba sangre, balas, muerte...Hasta que encontré mi salvación. El caballo de un nómada salió disparado entre las tiendas, con la montura sobre el lomo. Cuando el animal pasó a mi lado, salté y me aferré a un costado de su cuerpo; la bestia se encabritó, pero como buen hijo de bruja que yo era, sabía como tratar a los animales. Lo calmé y logré orientarlo lejos del tiroteo; al ubicarme a un costado de mi montura, mi silueta no sobresalía como punto de interés para ningún

tirador.

Hasta que los disparos no empezaron a producir eco no me frené. Una vez que me sentí seguro, detuve a mi buena montura y rebusqué en la silla algo que me ayudara con mi bozal; si no encontraba nada útil, tendría que volver a lo que quedase del campamento por la noche.

Pero no hubo necesidad de realizar tal maniobra, porque me hice con un cuchillo que servía perfectamente a mis propósitos; me tomó un rato, pero finalmente pude quitarme ese insoportable chasco de la cara.

Después de arrojar aquella basura tan lejos como me lo permitieron los brazos, me arrodillé y observé el horizonte; un cielo esclarecido se extendía sobre una superficie de pastos verdes. No quería tentar demasiado a la suerte, pero me daba la impresión de que lo peor que tenía por ofrecer aquel territorio había quedado atrás.

Monté sobre mi nuevo caballo, y emprendí el rumbo a la civilización.